

El Ejército Rojo visto por los guardias blancos

**León Trotsky
13 de octubre de 1919**

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 105-116; también para las notas. Publicado en *Izvestia*, número 231.)

En manos de las autoridades soviéticas del frente oriental ha caído un informe presentado al mando de Kolchak por Kotomin, excomandante de brigada de la División N, el cual se pasó al campo enemigo. El informe constituye un documento de excepcional interés en muchos aspectos.

El reclutamiento de guardias blancos

Como lo pone en evidencia el informe, Kotomin no es tonto, ni está desprovisto de carácter y de don de observación. Contra el régimen soviético siente una hostilidad aguda, cuyas razones de principio Kotomin no menciona en su informe, y no siente la necesidad de hacerlo: su odio es puramente orgánico, de clase, existencial. No sabemos cuál es el origen de Kotomin, pero es evidente que está penetrado hasta la médula de los hábitos de vida y los esquemas de pensamiento del medio noble burgués. Las ideas del comunismo no le interesan. Es lógico, por tanto, que ni siquiera se plantee la cuestión de si el comunismo es realizable y de si bajo él las gentes vivirán mejor. En cambio, sabe y siente perfectamente que el poder del partido comunista asestó un golpe irreparable a los privilegios de que gozaban él y los suyos, y por eso alimenta un odio mortal al comunista, un odio tanto más implacable cuanto más consciente, desinteresado y abnegado sea el comunista.

Kotomin fue miembro de la Unión del Renacimiento Nacional¹. Ingresó en el Ejército Rojo (no está claro en el informe si voluntariamente o movilizado) con la intención de socavar los regimientos revolucionarios. Es posible (dicho sea de paso) que Kotomin retoque retrospectivamente su pasado para agradar a los jefes blancos. Kotomin selecciona oficiales con simpatías por los blancos para el estado mayor de la brigada que le ha sido confiada. “Deseando formar mi estado mayor con oficiales opuestos a los bolcheviques [dice el informe] y sabiendo por la Unión del Renacimiento Nacional, de la cual soy miembro, a quién dirigirme en Tula, he cogido inmediatamente como jefe del estado mayor al teniente coronel Nelidov (del 10 Regimiento interalemán), que en tanto que miembro de la organización secreta de Tula mandaba el batallón de voluntarios”.

¹ En marzo de 1918 se formaron, casi simultáneamente, dos centros contrarrevolucionarios en el interior de la república soviética: un centro de derecha, bajo la dirección general del exministro Krivochein y del profesor Novgorodtsev, y un centro de izquierda llamado Unión por el Renacimiento de Rusia, que agrupaba socialistas populistas, socialrevolucionarios de derecha, el grupo Edinstvo [Unidad] y mencheviques de derecha. A raíz de la escisión provocada por el problema de la paz de Brest-Litovsk, parte de los dirigentes del centro de derecha creó una nueva agrupación llamada Centro Nacional, inspirado por los Aliados. Las ofensivas de Kolchak y Denikin hicieron concebir esperanzas a todos los grupos enumerados en una próxima caída del poder soviético. Con objeto de preparar la formación del nuevo poder, en marzo-abril de 1919, fue creado el Centro Táctico, que reunía en su seno representantes del Consejo de Personalidades, del Centro Nacional y de la Unión por el Renacimiento de Rusia. Esta asociación estaba ligada con Denikin y con una organización militar en Moscú. Todas estas organizaciones fueron descubiertas en agosto de 1919, y su causa fue vista ante el tribunal supremo del Consejo Central Ejecutivo, del 16 al 20 de agosto de 1920. Comparecieron Chepkin, Leoteiev, Urusov, el profesor Kapteriev, el profesor Melgunov, V.I. Rosanov, S.A. Kotliarev, Kichkin, D. Protopopov, y muchos otros. La mayoría de los dirigentes fueron condenados a ser fusilados, pero parte de ellos fueron amnistiados después, conmutándoles la pena de muerte por la de cárcel o campos de concentración con duraciones diversas.

Ulteriormente Kotomin siguió seleccionando sistemáticamente guardias blancos para su estado mayor, y se ligó con sus parecidos en los estados mayores superiores.

El antisemitismo

Desde sus primeros pasos en la selección de los elementos que le eran necesarios, Kotomin chocó con los comisarios. En su informe se refiere con extraordinaria minucia a los comisarios judíos, mostrando de la manera más circunstanciada el odio que les profesa.

No es inútil detenerse un poco en esta cuestión. Los comisarios judíos no representan, ni de lejos, el elevado tanto por ciento que exhiben los informes de los guardias blancos, sus hojas y periódicos. Pero es cierto que representan un porcentaje importante. Lo mismo que otros muchos antisemitas, Kotomin ve la razón del importante número de judíos comisarios en los dotes y las cualidades singulares de los judíos. Subraya una o dos veces su “gran talento”. En realidad, esta apreciación del judaísmo no tiene fundamento alguno. El hecho es que los judíos habitan principalmente en la ciudad, y que en la composición de la población urbana representan un sector considerable. Al crear para los judíos difíciles condiciones de existencia, el zarismo no sólo empujó a los obreros judíos a unirse a los obreros rusos; empujó también a la inteligencia judía pequeñoburguesa al campo de la revolución. Entre los numerosos comunistas judíos del último contingente hay no pocos cuyo comunismo deriva de razones nacionales más que de razones sociales, de clase². Estos no son los mejores comunistas, como es natural, y la organización del poder soviético no se apoya en ellos sino en los proletarios de Petrogrado y Moscú, forjados en la clandestinidad.

El antisemitismo no es sólo odio al judío sino miedo ante el judaísmo. Y el miedo tiene ojos inmensos: atribuye al enemigo cualidades excepcionales que en realidad no tiene. Las condiciones jurídicas y sociales en que se desarrolla la vida de los judíos explican suficientemente su papel en el movimiento revolucionario. Pero no hay prueba alguna, y es imposible probarlo, de que el judío esté mejor dotado que el ruso o el ucraniano.

Las dificultades de los traidores

“A la llegada de la brigada a Simbirsk, el 18 de abril [informa Kotomin] fue nombrado jefe del estado mayor, por una orden del estado mayor del frente, un comunista judío, que había terminado la academia roja de estado mayor; hombre joven, de 24 años, muy inteligente, que había terminado en Lausana o Zúrich el Instituto de Neuropatología. Como tener un jefe de estado mayor rojo era para mí indeseable en extremo tomé todas las medidas para desembarazarme de él. Cultivado, inteligente, capaz, insolente como lo son, en general, todos los judíos, acabó por crear relaciones tirantes con todo el mundo, y con inmensa alegría me vi libre de él en los primeros días de junio... Después de la partida de V, el puesto de jefe del estado mayor fue ocupado de nuevo por el teniente coronel Ya, que dadas las circunstancias no ha podido pasarse conmigo (su familia está registrada y la fuga de él habría acarreado, con seguridad, duras represalias contra ella, incluso el fusilamiento). Debe señalarse que la situación de los antiguos oficiales con familia, que sirven en el Ejército Rojo (bien voluntariamente, para realizar ciertas tareas, como la descomposición del bolchevismo, bien movilizados) es una horrible pesadilla. En relación con el problema de pasarse, he conversado con mi comandante del regimiento N, el capitán L, con K, comandante del regimiento X, y con el jefe del estado mayor, teniente coronel Y: todos ellos sueñan con el momento en que podrán sumarse a uno de los

² Kotomin cita el ejemplo del comisario de brigada Ch, judío, que supo “arreglárselas” para que cuando la brigada sea enviada al frente vaya otro comisario con ella. Nuestra encuesta ha comprobado la veracidad de esa alegación. Pero Kotomin silencia que Ch ha sido juzgado por el tribunal del partido. El partido no sabe de diferencias nacionales, lo mismo en lo que se refiere a los héroes que a los cobardes. [L.T.]

ejércitos voluntarios, pero a causa de su situación familiar quisieran hacerlo de modo que su paso aparezca como si hubieran caído prisioneros, a fin de preservar a sus familias de la represión”.

Como vemos por las palabras de Kotomin, la situación del oficial que entra en el Ejército Rojo con el ingenuo propósito de descomponer la unidad en que actúe (o conducirla traidoramente bajo el fuego enemigo, o abandonarla en el momento de peligro, pasándose a los blancos), es una “horrible pesadilla”. Al mismo tiempo que atentan traidoramente contra la vida de cientos y miles de soldados rojos, los individuos como Kotomin vituperan rabiosamente al poder soviético porque hace que las familias de los traidores respondan por éstos.

El cuerpo de oficiales y el poder soviético

¿Cuál es, según Kotomin, la actitud de los oficiales profesionales hacia el poder soviético? “La casi totalidad del cuerpo de oficiales, salvo raras excepciones, [dice Kotomin] es tan consciente y leal que comprende claramente todo el daño ocasionado por la usurpación del poder por los comunistas bolcheviques. Por eso es enemigo irreconciliable del Ejército Rojo y aspira con toda su alma a abandonarlo”. Pero esta caracterización (hecha evidentemente para agradar al alto mando blanco) es desmentida más adelante por una serie de hechos e indicaciones del mismo informe de Kotomin. Es verdad que éste cita una serie de comandantes que huyeron a los blancos o trabajaron activamente por descomponer a sus regimientos, pero de paso menciona otros casos. Por ejemplo, el de Nachiv V que en conversación con Kotomin “expresó la idea de que si él sirve en el ejército considera su deber servir lealmente, y terminó diciendo que no comprende lo de “sin partido”, pues según su opinión la cuestión debe zanjarse así: “con nosotros o contra nosotros”. Y tenemos el caso del capitán de estado mayor Riakin, de 24 años, caballero de San Jorge, muy valiente y decidido, que recientemente ha asumido el mando de un regimiento, y según Kotomin es muy dañino porque cumple escrupulosamente con su deber y arriesga la vida a cada paso. Así, por ejemplo, en el curso de la toma del pueblo de Verzhtechínscoye Metlino, la noche del 22 al 23 de julio, Riakin, con sus 150 soldados, sin pérdida alguna, ni en muertos ni en heridos, hizo prisioneros a más de 300 soldados del 45 Regimiento enemigo, se apoderó de dos cocinas de campaña y de cinco ametralladoras. “Aunque el regimiento tiene muchos comunistas [dice Kotomin] es profundamente afecto a Riakin”. El regimiento vecino es mandado por el capitán L, al cual, según la apreciación de Kotomin “lo único que le retiene para unirse a los blancos es la cuestión de las responsabilidades de la familia”. Más lejos, el informe menciona varios comandantes y funcionarios de intendencia que se pasaron, o querrían pasarse a Kolchak, pero he ahí que “el comandante de división, capitán Vinogradov, y su hijo, ayudante en la misma división, son indudablemente muy dañinos porque se entregan a su tarea con toda energía”. De la misma manera caracteriza Kotomin a dos comandantes de secciones de artillería, Mujin y Bobrov, diciendo de ellos que son “indudablemente dañinos”. Es decir, que cumplen con lealtad y energía sus obligaciones.

En fin, hay un tercer grupo de oficiales caracterizado por Kotomin, al que corresponde, por ejemplo, el capitán ayudante N, “poco preparado e indeciso en el aspecto militar, enteramente sumiso a sus comisarios y al estado mayor de la división, hacia los cuales tiene una actitud extremadamente obsequiosa”. Junto con éste se indica otro del mismo tipo, antiguo teniente, “muy indeciso y cobarde pero hábil para entenderse con sus superiores, lo cual explica que esté en favor”. No podemos negarlo: hay de éstos.

En la última parte de su informe, dedicada a generalidades, Kotomin se refiere de nuevo al cuerpo de oficiales: “Todo él, con raras excepciones, es hostil al poder soviético, pero debe ser dividido en varios grupos. El primero, el más insignificante, está compuesto de miembros de varias organizaciones que luchan activamente contra el bolchevismo, los cuales o bien trabajan en dichas organizaciones o bien ingresan voluntariamente en el

Ejército Rojo para descomponerlo por todos los medios y prepararlo a la rebelión. El segundo grupo, el más numeroso, está formado en su mayor parte de movilizados, sin voluntad y sin medios para actuar, que bajo la vigilancia continua de los comisarios y los comunistas trabajan bastante, pero sin aportar gran cosa, porque en el fondo de su alma estos oficiales no sueñan más que con la desaparición del bolchevismo de una u otra manera. El tercer grupo se compone de oficiales tan hartos de todo y tan inestables que están dispuestos a conformarse con cualquier poder con tal de que los deje en paz y no se meta en su vida personal”. Pero más adelante el mismo Kotomin introduce una corrección muy importante a su propia caracterización del estado de espíritu político del cuerpo de oficiales: “El estado de espíritu de los oficiales de las unidades llegadas al frente desde la retaguardia es idéntico en casi todos los casos: deseo de pasarse a los blancos para liberarse de la pesadilla del régimen bolchevista. El único factor que les retiene es el temor, totalmente fundado, por la suerte de sus familias registradas por los bolcheviques; de ahí que todos esperen con impaciencia un ataque de los blancos, por pequeño que sea, para que su huida pueda aparecer como captura y así sus familias queden preservadas. El estado de espíritu de los mandos del frente, incluidos los oficiales profesionales, es diametralmente opuesto, dada la estrecha comunidad de sus intereses (puesto que marcharon al frente voluntarios desde hace algún tiempo) con los intereses de la conservación del poder bolchevique en la Rusia soviética”.

Por tanto, Kotomin contrapone netamente los oficiales del frente a los procedentes de la retaguardia, movilizados recientemente, que han sido retirados de los puestos que ocupaban en diferentes organismos soviéticos y enviados a las unidades en activo. Esta diferencia señalada en el informe de Kotomin es indudablemente cierta. El personal de mando de las unidades que se encuentran hace tiempo en el frente está formado, en gran medida, de voluntarios ingresados en el Ejército Rojo en el primer periodo de su formación. Pero incluso los comandantes procedentes de oficiales movilizados hace un año o más, han logrado en su mayor parte vincularse estrechamente con el Ejército Rojo y, en mayor o menor medida, penetrarse de su espíritu. Durante ese tiempo los que eran guardias blancos activos consiguieron pasarse al enemigo, mientras que esa parte de comandantes, procedentes de la antigua oficialidad, que trabaja ya un año o más en el Ejército Rojo, que junto con éste ha vivido reveses y victorias, constituye un elemento altamente valioso, vinculado al ejército no sólo por razones de sueldo y ración sino con lazos espirituales, con esfuerzos y sacrificios comunes. En cambio, el oficial que se había enchufado en uno u otro puesto tranquilo de la retaguardia, que resistió obstinadamente a la movilización y pese a todo fue movilizado, llega al frente furioso y constituye una presa ideal para los blancos. Kotomin estaba en el frente oriental, en una de esas brigadas formadas en la retaguardia y completada con oficiales movilizados de la retaguardia. La generalización que hace Kotomin sobre la hostilidad casi total de los oficiales profesionales al poder soviético, debe ser situada, principalmente, entre estos malhumorados oficiales de la retaguardia.

El estado mayor general

Kotomin hace una distinción entre los oficiales del estado mayor general. “Hay que suponer [dice] que un porcentaje importante de los mismos pertenece a la Unión del Renacimiento Nacional, pero hay otros, sin duda alguna, que trabajan a conciencia, prestando un gran servicio a los bolcheviques. Aunque conozco muchos oficiales del estado mayor general que trabajan en el Ejército Rojo, no puedo decir nada sobre el verdadero carácter de su actividad, pero es indudable que podrá establecerse ulteriormente con exactitud porque el centro nacional posee datos precisos a este respecto. Puede decirse que, en general, la mayoría de los antiguos oficiales del estado mayor general se han instalado en la retaguardia y sólo los más jóvenes sirven en el frente, bien voluntarios o bien forzados”. La esperanza de Kotomin en que podría establecerse un

registro político exacto de los oficiales del estado mayor general, con ayuda del “centro nacional”, resulta ya anacrónica porque la Cheka ha procedido no sólo a un “registro” bastante completo de dicho centro sino a su liquidación.

Los suboficiales y los oficiales rojos

Después de haber descrito las características del cuerpo de oficiales, Kotomin escribe: “La siguiente categoría del personal de mando del Ejército Rojo está compuesto por los mandos inferiores hasta jefe de compañía, y en el frente hay antiguos suboficiales e incluso soldados rasos que están como ayudantes de los comandantes de determinadas unidades. Esta categoría puede dividirse en dos grupos: el menor, indiscutiblemente fiel a los intereses del comunismo, con el cual está indisolublemente vinculado por intereses personales; el mayor, formado principalmente de movilizados, casi hostil al bolchevismo. Los dos grupos de esta categoría están mal preparados desde el punto de vista militar y no representan una amenaza importante”.

“Entre el personal de mando de todas las categorías, sobre todo en el frente, hay miembros del partido o simpatizantes, cuyos intereses están tan fundidos con los del bolchevismo que hay que considerarlos, sin duda alguna, como los elementos más peligrosos del Ejército Rojo”.

“Se encuentran también, entre el personal de mando, individuos con un cierto pasado, a veces de delincuencia común, pero son eliminados del ejército poco a poco porque las autoridades los consideran peligrosos e inadmisibles”.

“En lo que se refiere a los llamados oficiales rojos, se trata, en su masa, de individuos poco cultos y escasamente sólidos, pese a que una gran parte son miembros del partido, con una instrucción militar y general mediocre, inferior a la que daban antes los buenos cursos de regimiento”.

No hace falta decir que esta apreciación de los hechos está refractada en la óptica de un guardia blanco pasado al campo de Kolchak. Más adelante veremos que Kotomin se contradice a sí mismo. Pero algunos de sus observaciones son justas. Es indudable que entre los suboficiales movilizados hay un porcentaje determinado de kulaks, cuyo lugar está en las unidades de retaguardia y no en los puestos de mando. Es indudable también que los suboficiales movilizados en las unidades formadas en la retaguardia no siempre se distinguen, ni mucho menos, por su preparación militar. En el frente, sin embargo, la mayoría de ellos cambia completamente, y de su seno surgen no pocos comandantes excelentes, que actualmente están a la cabeza de grandes unidades, incluidas divisiones y cuerpos de caballería.

La manera despectiva como juzga a los comandantes rojos, es típica de un coronel blanco. Es indudable, no obstante, que los cursos de mandos proporcionan una preparación insuficiente, la cual deberá ser perfeccionada y completada en varios aspectos mediante cursos de mando de tipo más elevado. La reforma, el mejoramiento, el desarrollo de los estudios militares, constituyen una tarea urgente y esencial.

Las formaciones del frente y de la retaguardia

“Entre las unidades del frente [dice Kotomin] y las formadas en la retaguardia hay gran diferencia. En las primeras hay un neto predominio de los comunistas; son unidades compuestas, por lo general, de soldados rojos voluntarios, y en las cuales casi no hay oficiales de carrera. En las segundas, la mayoría de los soldados son movilizados y en el personal de mando predominan los antiguos oficiales. Las primeras son más sólidas; las segundas lo son menos, se desmoralizan más fácilmente”. Aquí se toca un problema importantísimo de nuestra política militar, y no puede dejarse de lado, en modo alguno, el testimonio de Kotomin. Según su apreciación, las unidades creadas o reeducadas en el frente son incomparablemente más sólidas que las formadas en la retaguardia. Lo cual es comprensible. La nueva masa de soldados rojos no es susceptible de convertirse en un

conjunto combatiente más que a condición de estar bajo una dirección política y militar constante y apropiada. La importancia que tiene el personal de mando en estas unidades jóvenes, recientemente formadas, es mucho mayor que en las unidades veteranas y fogueadas. También en estas últimas hay, a veces, traidores, pero su desertión al campo enemigo no las descompone y es raro que les ocasione un daño serio. Muy distinta es la cosa cuando se trata de formaciones recientes, llegadas de la retaguardia. Un grupo bien cohesionado de individuos del tipo de Kotomin es capaz de descomponer rápidamente, y hasta un punto casi irreparable, unidades de este tipo. De ahí que sea tanto más necesario seleccionar para las nuevas formaciones un conjunto de mandos probado, que incluya (por lo menos) algunos comandantes pasados por la prueba de fuego en los frentes del Ejército Rojo. Introducidas poco a poco en el combate, con las debidas precauciones (sobre todo en relación con los mandos), esas unidades adquieren gradualmente los rasgos del medio militar en que están inmersas y acaban convirtiéndose en unidades de frente, aptas para el combate.

Comisarios

Es muy interesante la parte del informe consagrada directamente al trabajo del partido comunista, y de sus representantes, en el ejército. “Los comisarios [escribe Kotomin] son los comunistas mejores y hay que dividirlos en varias categorías. La primera, que,

a mi juicio es la más reducida, (no sobrepasa el 5% y tal vez el porcentaje sea menor), está compuesta de comunistas que lo son por convicción ideológica, con fe profunda en el socialismo, enérgicos hasta el extremo límite de la capacidad humana; gente que ponen en su trabajo todos sus conocimientos, energías y voluntad, sin beneficiarse de su puesto. El 95% restante, y tal vez más, son individuos que ven el comunismo como algo que puede proporcionarles ventajas, y que se aprovechan de ellas al máximo. Entre ellos hay obreros, que esperan mejorar su situación personal a través del socialismo; campesinos (los más pobres, naturalmente) que esperan edificar su prosperidad a costa de los más ricos y sin trabajar demasiado, detritus de las otras clases, sobre todo entre los jóvenes y los fracasados, y, naturalmente, la mayoría, o casi, de los judíos, los cuales no sueñan en absoluto con la realización del comunismo sino con apoderarse de la hegemonía mundial”.

“El papel de los comisarios en el ejército es enorme. Fomentan en la masa de soldados el antagonismo clasista; personalmente y a través de sus células comunistas, cada vez mejor organizadas, conducen las tropas al ataque; observan, sin perderlo de vista un momento, el trabajo del mando y su comportamiento en el combate; realizan una agitación constante, aprovechando toda oportunidad y explotando el más pequeño hecho favorable para resaltar la superioridad del régimen bolchevique. Lo que más sorprende en los comisarios, sobre todo en los del frente, es su asombrosa capacidad de trabajo. La cual puede explicarse, naturalmente, por su juventud, por el fanatismo de esos idealistas que son sus jefes, por la severa disciplina de partido y la gran responsabilidad que tienen ante los comisarios superiores por cualquier falta en que incurran; por el deseo de servir y el miedo a las denuncias, dado que la vigilancia recíproca entre ellos es tan insistente como implacable”.

No olvidemos un solo instante, repito, que el informe está escrito por un traidor, un guardia blanco convencido. Divide a los comisarios en dos grupos: el 5%, según su opinión, son comunistas con ideales, desinteresados; el 95%, gente interesada en los frutos materiales del comunismo. En realidad, esta clasificación es el fruto de la imbecilidad burguesa. Por comunistas desinteresados Kotomin comprende tan sólo (la cosa es evidente), los procedentes del medio burgués que rompieron voluntariamente, en su momento, con los padres y los privilegios de su situación, y entregaron sus fuerzas a la causa de la clase obrera. En cuanto a los comunistas proletarios, Kotomin los ve como

individuos que “esperan mejorar su situación personal a través del socialismo”. No hace falta decir que el comunismo se propone, ciertamente, mejorar la situación de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo. El comunismo es beneficioso para la clase obrera: la cosa no tiene vuelta de hoja. Pero esto no significa que cada obrero comunista, cada hijo de la clase oprimida que cae en la barricada, o cada comisario que cae en el combate, se bate en aras de beneficios personales.

El desinterés de su actividad y la calidad moral de su heroísmo no ceden en nada a los de esos comunistas procedentes de la burguesía que se han ganado el derecho a combatir en las filas del proletariado.

Los “comunistas” interesados (es decir, los pseudocomunistas) son aquellos cuyos móviles inmediatos son sus intereses personales, los que adhieren al partido porque es el partido dirigente, los que intentan rehuir el trabajo y los puestos peligrosos, llevando un modo de vida parasitaria. Es completamente evidente que después de las depuraciones efectuadas el número de esos elementos no constituye, ni muchísimo menos, el 95%. Apenas rebasará el 5%, sobre todo en el ejército en campaña. En realidad, esto lo percibe el mismo Kotomin, porque el papel que él reconoce al partido comunista sería inexplicable si los elementos desinteresados, convencidos, representaran sólo el 5%. Pero en este asunto por Kotomin habla su clase, su odio a ese proletariado que ha resultado capaz de promover de su seno muchas decenas de miles de héroes anónimos y abnegados; habla el deseo de atribuir a sus enemigos los rasgos egoístas del pequeño burgués, la rapacidad de la burguesía, para así autojustificarse y elevar moralmente, tanto a sí mismo como a su medio social, los guardias blancos. Bajo la presión de esta necesidad psicológica, Kotomin intenta contraponer los comisarios del frente a los comisarios de la retaguardia, presentando las cosas como si sólo una pequeña minoría, toda ella concentrada en el frente, fuera capaz de sacrificio. Es una afirmación suficientemente desmentida por el curso de los acontecimientos; cada nueva situación de peligro en el frente suscita un nuevo aflujo de comunistas a las unidades combatientes; ningún llamamiento del comité central ha encontrado resistencia. Al contrario: las organizaciones locales del partido cumplen los objetivos en el doble o en el triple, y los puestos dejados vacantes en el partido son ocupados por la juventud proletaria, que en la atmósfera del partido adquiere rápidamente el necesario temple revolucionario. Petrogrado sigue siendo el modelo en este aspecto.

Las relaciones entre los comisarios, el personal de mando y los soldados rojos

“Bajo la presión del centro [dice el informe] y también, visiblemente, por la conciencia de que los comunistas no pueden prescindir de los oficiales de carrera, los comisarios (sobre todo los más conscientes) son cada vez más atentos con los oficiales, particularmente en los últimos tiempos, concediéndoles incluso una aparente libertad en la dirección operacional. Paralelamente se intensifica la vigilancia secreta, en especial de los miembros más altos en la jerarquía del antiguo cuerpo de oficiales, llegando a formas extremas. Por ejemplo, los comisarios se alojan en la misma habitación que los mandos con los cuales trabajan, los acompañan por doquier, los rodean (como en general a todos los demás mandos) de comunistas fieles. Gracias a ello cada paso de un miembro del cuerpo de mando es conocido exactamente tanto por los comisarios como por las células. Paralelamente, los comisarios fortalecen el prestigio del personal de mando, castigando severamente toda intervención demagógica contra los mandos, incluso si el autor es un comisario subalterno”.

“Tratando de hacerse plenamente populares entre los soldados, los comisarios y los comunistas hacen por su parte todo lo posible para atraer a las masas: elevación de las pagas, concesión a los soldados de todas las mejoras y ventajas posibles. Así consiguen poco a poco que la masa de soldados se acostumbre, podríamos decir, al instituto de comisarios, le vean como su defensor, el guardián de sus intereses en toda circunstancia.

Van desapareciendo gradualmente las prevenciones anteriores de los movilizados contra los comisarios y los comunistas. Ello se explica únicamente porque los soldados en el frente tienen condiciones muy buenas, los comisarios los electrizan constantemente con promesas quiméricas y, sobre todo, por las retiradas de los blancos, que los comunistas presentan como prueba de la fuerza propia y de la justeza de la causa que ellos defienden en la presente guerra”.

Incluso bajo el prisma de un guardia blanco en fuga, la actividad de los comisarios y de las células comunistas aparece ante nosotros, como estamos viendo, en toda su inconmensurable significación educativa revolucionaria. La estrecha vinculación que se ha creado en todas partes entre los miembros honestos del cuerpo de mando y los comisarios, Kotomin intenta presentarla como prevención artificial por parte de los comisarios. En realidad, esa estrecha colaboración, desarrollada en el campo de batalla conduce frecuentemente a una profunda afección recíproca. Se dan numerosos casos en que cuando un comandante o comisario debe ser trasladado a otro puesto ambos demandan insistentemente que no se les separe. El mejoramiento de las relaciones recíprocas entre comisarios y comandantes no se explica únicamente por la “presión del centro” sino, más aún, por el hecho mismo de la selección de un número creciente de comandantes experimentados y probados, a los cuales no solamente es caro el comisario sino cada uno de los soldados rojos que le están subordinados.

En diversos lugares de su informe Kotomin habla de que entre los movilizados (sobre todo entre los campesinos) predomina de manera aplastante una actitud hostil al hecho mismo de la movilización y al poder soviético. Que el campesinado políticamente atrasado se comporta hacia la movilización para el Ejército Rojo sin el entusiasmo que muestran los obreros de vanguardia, es un hecho indiscutible, pero, una vez fugado al campo de Kolchak, Kotomin podrá comprobar directamente cómo acogen la movilización de los blancos los campesinos siberianos. En general, al campesino no le gusta guerrear, pero allí donde se ve obligado a escoger entre el poder soviético y la dominación de los Kolchak y Denikin, el campesino opta conscientemente, en la inmensa mayoría de los casos, por el fusil soviético. La reeducación de los campesinos en el frente no sólo es reconocida sino fuertemente subrayada por el mismo Kotomin, en cuyo informe podemos leer: “La anterior prevención de los movilizados contra los comisarios y los comunistas va atenuándose gradualmente; la masa de soldados parece acostumbrarse a los comisarios, viéndolos como los defensores y protectores de sus intereses en todos los casos”. No se puede imaginar reconocimiento más neto por un guardia blanco del papel organizador de los comisarios, y en general de todo el trabajo revolucionario educativo de los comunistas en el Ejército Rojo.

Hemos citado los pasajes más sustanciales del informe del desertor. Los tipos como Kotomin, enemigos jurados de la clase obrera, abundan bastante. Pero el enemigo advierte, con frecuencia, aquello que se ha hecho familiar ante nuestros ojos. De ahí que el conocimiento detallado de las conclusiones a que llega el informe de un guardia blanco puede ser muy provechoso para los cuadros responsables del Ejército Rojo.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es